

El movimiento estudiantil de 1968

Elena Poniatowska



15

Durante la década de los sesenta, nuestra vida nacional pareció presentar aún una imagen de tarjeta postal: cielo mexicano intensamente azul; rosa mexicano (Tamayo's pink), el que se exporta en nuestras artesanías populares; blanco mexicano, el albo pantalón dominicano de nuestros indígenas; la bordada túnica yucateca; amarillo mexicano, el de la paja del sombrero bajo el cual duerme plácidamente el campesino, en una eterna siesta, ya que, como Cl mismo lo pregona, todo puede dejarse para mañana. "El hastío es pavorreal, que se aburre de luz por la tarde", susurraba Agustín Lara. México era maravilloso, los turistas se iban fascinados por lo barato de nuestras platerías, lo impronunciable de nuestros volcanes y la mansedumbre de "those sweet little Mexican indians", que en Taxco los acosaban en inglés. Con razón, México debía ser la sede de la Olimpiada; ningún otro país más indicado que el nuestro, que brilla como una moneda de oro en medio de la jungla y de las zonas aún por descubrir de América Latina, ese cuerno de la abundancia (cornucopia, enseñan en las escuelas, para hacer aún más misteriosa la alegoría); ese canto de mariachis, con su sonar de guitarras; "Yo soy como el chile verde, llorona, ipicante, pero sabroso!"; este paraíso que va del Atlántico al Pacífico: Acapulco, que abre sus brazos de agua tibiecita para recibir a Paul Getty, el hombre más rico del mundo; Puerto Vallarta, escogido por Liz Taylor y Richard Burton ¡qué honor!; Cuernavaca, "the sunny place for shady people", al que vienen a retirarse bajo el volcán, a la sombra de jacarandas y flamboyanes, los colonizadores de todas partes del mundo. Tanto Méndez Arceo, Erich Fromm, Ivan Illich, Lemercier como Barbara

Hutton y su casa japonesa son absolutamente exportables, harían buen papel en cualquier parte del mundo; al contrario, nos han hecho el favor, su fama va más allá de nuestra cortinita de nopal. ¡México, sede de la Olimpiada! ¡Qué gran trofeo, cueste lo que cueste! ("lo importante no es ganar sino competir"); los juegos olímpicos en México serían el broche de oro, la culminación del esfuerzo de los políticos mexicanos y de un desarrollo económico ascendente, regido por el PRI, que todo lo engulle.

Desencadenaron el movimiento estudiantil unos cuantos vidrios rotos, en un pleito aparentemente sin importancia

La XIX Olimpiada principiaría en México el 18 de octubre de 1968. Antes, el 23 de julio del mismo año, en plena Olimpiada Cultural, los *Araños* y los Ciudadelos, dos pandillas de vagos -no de estudiantes- picándoles las crestas a los de la Vocacional 2 y a los de la Isaac Ochoterena causaron un pleito que, de no haber intervenido salvajemente los granaderos, no habría pasado de simple escaramuza. La clave del movimiento antiestudiantil -el oficial- está en la sospechosa intervención de 300 granaderos armados hasta los dientes, quienes, tras de aplacar a los *chamacos* en la calle de Lucerna, fueron a arrearles a estudiantes y maestros de la Vocacional 5, totalmente ajenos al lío. Un pleito aparentemente sin importancia (unos cuantos vidrios rotos) desencadenó el movimiento estudiantil de 1968 que, terminó en la matanza del 2 de octubre, diez días antes de inaugurarse la fiesta olímpica.

La UNAM, centro ideal de comunicación y divulgación de las ideas

Dentro de esa atmósfera: prosperidad, paz, crecimiento económico evidente, ausencia de conflictos sociales, permanencia del PR1 que aseguraba la estabilidad política del país, el movimiento estudiantil de 1968 fue el despertar político de los jóvenes, su unión que desmentía la tradicional rivalidad entre los politécnicos y los universitarios, y su lucha por llevar a cabo una acción organizada. Los estudiantes, que ya de por sí se reúnen a diario en sus escuelas, ya sea de la UNAM o del Poli y cuentan así con un centro ideal para la divulgación de sus ideas, la comunicación entre sí- (bien podría decirse que la UNAM es un generador de comunicación), pudieron organizarse, llamar a **la base**, la masa estudiantil, a asambleas y mítines, y planear una acción conjunta, crear un clima febril de entusiasmo y de coraje. Guillermo Haro sonreía al salir de la torre de Ciencias, en la Ciudad Universitaria, y oír a un muchacho gritar detrás de su magnavoz: “UNAM, territorio libre de México”, La UNAM, por su autonomía y su tradición -no obstante estar sostenida económicamente, en su totalidad, por el Gobierno Federal- quedaba a salvo de políticas uniformados y de intervenciones de fuera. Podía llevarse al cabo una labor política y social; allí estaban los mimeógrafos, los camiones, los equipos de sonido, los estenciles, el papel, la imprenta a disposición de los universitarios. Nadie iba a entrar a interrumpirlos. ¡Cuánta efervescencia y júbilo alrededor de los volantes! Las compañeras aseguraban los víveres ingeridos a las volandas, los refrescos que se apilan en las esquinas. Luis González de Alba, en su excelente novela **Los días** y los años, relata esos días felices que ahora ya no importan; así como Carlos Monsiváis nos describe en **Días de guardar**, con esa mezcla incisiva de ironía y desesperación que lo caracterizan, la manifestación del Silencio, el 13 de septiembre, la marcha encabezada por el rector, la llegada al zócalo. González de Alba recuerda los salones atestados de Filosofía y Letras, los camiones improvisados en tribuna, el retorno de las brigadas, el final de las manifestaciones, cuando muchachos y muchachas se ponían a doblar las banderas y las mantas como si fueran sábanas, guardaban los carteles o se los regalaban a los pedinches y se subían a los camiones de su escuela, ya repletos, para regresar a la guardia en las azoteas, la torta entre las tres y las cuatro de la mañana, los tacos en una taquería de Insurgentes, el café caliente, la risa, la felicidad que da el triunfo. Eran tan largas las asambleas, que Raúl Álvarez Garín cuenta que, de pronto, se aprobaban sesiones de chiflidos para despertar a **la base**. Por otra parte, estas asambleas interminables y farragosas hicieron que los estudiantes respondieran siempre tarde a los estímulos, estuvieran rezagados, en cuanto a los acontecimientos; mientras tomaban una decisión, ya los sucesos los habían desbordado. Lo dice muy bien Salvador Martínez de la Roca, el **Pino**, en **La Noche de Tlatelolco**; “se hablaba de lucha de clases, de bienes de producción en manos de la burguesía, la clase en el poder y otras madres, en **vez** de salir a **volantear** y encontrar un lenguaje común con el pueblo”.

Cuando los estudiantes, por miedo a la represión desatada -ya había varios desaparecidos-, comenzaron a quedarse a dormir en la UNAM, aquella funcionó de veras como un **alma mater**, una madre amorosa que empolla y cobija con sus alas protectoras. Luis González de Alba dormía en el octavo piso de la torre de la rectoría, en un sillón,

cuando no se tiraba de plano sobre la alfombra. Toda la noche escuchaba el ruido del mimeógrafo. Se sentía bien. En cambio, el Poli, con su población más pobre, más amparada, estuvo siempre a la intemperie y a la merced de los granaderos y de su impunidad.

En nuestro país sólo el dos por ciento llega a la educación superior

Y aquí surge otro punto en el que habría que reflexionar. Los estudiantes no tienen que enfrentarse, como otros sectores de la sociedad, a los problemas de su manutención: casa y comida. En nuestro país, sólo el 2 por ciento de la población estudiantil llega a niveles de educación superior. Los que llegan es porque han podido llegar; es decir, tienen posibilidades económicas para lograrlo, no porque la UNAM o el Poli cobren, sino porque pueden trabajar o porque cuentan con alguien que los mantiene. La situación de la UNAM, por ejemplo, es privilegiada, según las estadísticas que proporciona Margarita García Flores, jefa de prensa de la UNAM en 1968 y en 1969. El 86 por ciento de sus estudiantes dependen de algún familiar. De acuerdo con la ocupación del jefe de la familia del estudiante, el 77 por ciento del alumnado pertenece a la clase media y sólo el 18 por ciento de los muchachos son hijos de campesinos y obreros. El 72 por ciento provenía de familias con ingresos entre 1,300 y 7,000 pesos mensuales que, comparados con el ingreso promedio nacional, eran buenos. No le ocurría así a la población del Politécnico, cuya situación económica era más difícil: los estudiantes del Poli no tienen ingresos tan estables. Sin embargo, ambos grupos coincidieron en actitudes críticas y políticas libres de compromiso alguno; el único compromiso del estudiante politécnico y universitario era consigo mismo y con sus estudios; con las ideas recibidas y que actuaban en ellos como factor de cambio, al darles una nueva visión del mundo. Como lo dice muy bien Jean Paul Sartre: “La única manera de aprender es discutir. Es también la única manera de llegar a ser hombre. Un hombre no es nada, si no es un impugnador. Pero debe también ser fiel a algo. Un intelectual, para mí, es alguien que es fiel a un conjunto político y social, pero que no cesa de discutirlo. Puede ocurrir, seguramente, que haya una contradicción entre su fidelidad y su impugnación, pero eso es bueno: se trata de una contradicción fructífera. Si hay fidelidad, pero sin discusión, ésta no sirve, no se es un hombre libre. La Universidad está hecha para formar hombres polémicos.”

Explosiones políticas juveniles en muchas partes del mundo

Asimismo, hay que tomar en cuenta a Leopoldo Zea que anota cómo en la década de los sesentas surgieron todas las explosiones políticas juveniles de las más altas instituciones de formación cultural: las universidades, en muchas partes del mundo: Stanford, California, Harvard, La Sorbona, Berlín, Tokio, Sao Paulo, Buenos Aires, Montevideo, Varsovia, Praga, Roma y, finalmente, México. Nuestro movimiento se insertaba, por lo tanto, dentro de las grandes sacudidas juveniles que se dieron en la vida política de casi todos los países del mundo, pero no se inspiró, como se ha dicho, en la Revolución de Mayo de París, ni nuestros líderes son como Cohn Bendit. Al contrario, los nuestros siempre bailaron sobre la cuerda floja y a medida que pasaba el tiempo estuvieron más expuestos: intuían que la cárcel los acechaba y que las reacciones del Gobier-

no eran imprevisibles, pero no podían dar marcha atrás: los acontecimientos siempre se adelataron y hubo que tomar decisiones sobre la marcha. De la acción organizada y política surgida en los establecimientos de cultura superior dieron prueba las grandes manifestaciones espontáneas, nunca antes vistas en México, como, por ejemplo, la Manifestación del Silencio que quedará para siempre en la vida de México: miles de pies caminaron los unos junto a los otros: el taconeó sobre el asfalto, el esparadrápalo sobre las bocas de aquellos que no estaban seguros de poder contenerse: trescientos mil hombres y mujeres que desfilaron mudos, en señal de protesta. Ya para entonces, habían acudido al “Unete, pueblo”, “Unete pueblo agachón” muchos sectores de la población, padres de familia, trabajadores, paseantes curiosos. Si en las primeras manifestaciones los mirones eran muchos, más tarde, las banquetas se quedaron casi vacías y los transeúntes vinieron a engrosar las filas de los manifestantes. En realidad, un incidente entre dos escuelas de segunda enseñanza despertaba un movimiento de protesta que respondía a una realidad profunda y antigua: la atmósfera de descontento popular, a pesar de la ostentosa fachada, anzuelo para las inversiones extranjeras en este México casi tan seguro como Suiza. Decía José Martí: “Cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que tienen en sí el decoro de muchos hombres”. ¿No se había llegado al tiempo de los hombres con decoro? En 1968 los hombres, las mujeres, los niños tomaron la ciudad, la sintieron suya, recorrieron las calles con la loca alegría que da el hablar en voz alta, gritar demandas, caminar unidos sobre el asfalto. En 1959 en La Habana, a las once de la noche, Carlos Fuentes comentó al ver el desparpajo de los cubanos que chupaban helados, se detenían a tomar café negro en las esquinas, se contoneaban palmeándose unos a otros, abrazados “Imaginate ahora en la Avenida Juárez, todas las puertas están cerradas, no hay un alma que se atreva a deambular por las calles mal iluminadas y hostiles de esta ciudad muerta”. En 1968, México se levantó de la tumba, despertó de su letargo y su estallido nos conmovió a todos.

**Son los muchachos los que cuestionan a la sociedad,
son ellos los que se indignan por las injusticias,
son ellos los que reciben el duro choque
de la realidad y se rebelan**

Si entre los obreros, por ejemplo, la primera manifestación estudiantil se comentó con recelo y desapego, como lo consigna el escritor Gerardo de la Torre: “A mí, ¿qué me importan los estudiantes?; tengo obligaciones esposa, tres hijos, estoy pagando la casa, ¿van a ayudarme a pagarla? No, ¿verdad? Allí tienes, pues, ¿para qué voy a meterme en una manifestación? Para que me den una madriza o me metan al bote? No, ni madres”. Más tarde, el ambiente se caldeó. Desde 1958, no había quien se atreviera a protestar; los jóvenes, por su situación privilegiada, se atrevieron. ¿Por qué ellos? En primer lugar, porque no tenían nada que perder (salvo su libertad, y, como se vio el 2 de octubre, su vida) y, en segundo lugar, porque su juventud y la transformación que suponen las ideas hacen que el joven quiera aplicarlas inmediatamente. También fue motivo del aceleramiento estudiantil el que nunca los muchachos imaginaron a qué extremos de perversidad llegarían el **Mandril** y su banda de matones. Son los muchachos los que cuestionan a la sociedad; son ellos los que se indignan por las injusticias con las que entran en contacto, son ellos los que reciben el duro choque de la realidad y se re-

belan. Hay que resolverlo todo, ahora mismo. Y los estudiantes se lanzan. De julio a octubre de 1968, México fue joven y vivió intensamente. Todos los días nos enterábamos de los choques entre granaderos y estudiantes en diversos rumbos de la ciudad; los mítines relámpago, en las puertas de las fábricas; las colectas en la calle, los manifestos que **El Día** publicaba y que después eran motivo de editoriales. En esos días, todo el mundo abría el periódico con verdadera ansia; el movimiento estudiantil había logrado contagiarse hasta a los más indiferentes. En varios sindicatos hubo reuniones y asambleas. El sindicato de **El Anfora**, por ejemplo, publicó desplegados a favor del movimiento (¿sería ésta una de las razones por la cual sus abogados, Adelita y Armando Castillejos, fueron privados de su libertad durante dos años y medio?). Afloraron inquietudes, descontentos, inconformidades y se formaron grupos de oposición; los maestros, los burócratas (quienes fueron llevados al Zócalo, en una manifestación de **desagravio a la bandera**, y balaron como borregos en señal de protesta) se unieron a los muchachos. El gobierno no podía detener el entusiasmo suscitado por el movimiento estudiantil, la euforia, el coraje, el ímpetu de jóvenes que por primera vez sentían que la ciudad era suya, que las calles les pertenecían, que podían comunicarse con los demás, hablar en voz alta. Estaban aceleradísimos, felices y libres. Claro, eran alborotadores, albureros, impunes; se les pasaba la mano, echaban relajo, pero ¿no es éste uno de los rasgos de carácter de la juventud? Los seis puntos del movimiento fueron acremente criticados por localistas, estrechos: destitución de Cueto y Mendiola (jefe y subjefe de la policía. Fueron cesados poco después de ser ahogado el conflicto en sangre, pero no cuando lo pedían, con toda justicia, los estudiantes. Díaz Ordaz no aceptó satisfacer ninguna de sus demandas, ni siquiera cuando las respaldó el Consejo Universitario), libertad a los estudiantes presos, deslinde de responsabilidades, disolución del cuerpo de granaderos, derogación del delito de disolución social, libertad a los presos políticos. ¿Por qué no pedían los estudiantes cosas más esenciales? La elevación de los salarios; la democracia sindical; un mejor nivel de vida en el campo; el fin de los monopolios; el fin de Fidel Velázquez, uno de los hombres más poderosos en México, cuyo apoyo han buscado todos los presidentes mexicanos, desde López Mateos hasta Echeverría; la transformación del PRI, la baja de precios en el mercado. ¿Por qué, en sus seis puntos, no incluían demandas de tipo académico? Estos seis puntos eran irrisorios; su movimiento, una verdadera improvisación, quién sabe en qué acabaría todo. El CNH (Consejo Nacional de Huelga) pedía el diálogo. Pero ¿cómo se puede dialogar con quinientos estudiantes? Cuando Echeverría, por ejemplo, siendo secretario de Gobernación, buscó el diálogo, hizo una llamada telefónica a algunos líderes diciendo que estaba dispuesto a entablarlo. En las asambleas se rechazó el telefonema, como una forma poco idónea para ello y los líderes le pidieron un oficio que don Luis no mandó, pues no quería comprometerse por escrito (¡el terror y la sacralización que hacemos nosotros los mexicanos de la palabra escrita!). El oficio hubiera sido una muestra de buena voluntad, cuyas repercusiones se habrían hecho sentir en la opinión pública. Sin embargo, Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría Álvarez, tan tiesos el uno como el otro, optaron por empeorar su imagen, ya de por sí deteriorada, El gobierno tiene tantas instancias para manejar cualquier protesta, que el no establecer contacto fue un error, en la concepción de autoridad. Tal parece que, si enviaba un oficio, quedaba la constancia de su menosca-

bo. Viéndolo bien, no es que el Gobierno estuviera cerrado al diálogo (¿no fue el diálogo la principal bandera de Echeverría al iniciar su régimen?) sino que pretendía mantener intocada la sagrada imagen que tenía de su propia autoridad.

Con sólo dejar de pagar a los empleados y a los profesores de la Universidad, ésta se acaba: su extraterritorialidad y su autonomía

Sin embargo, bajo los seis puntos yacía un deseo de cambio muy auténtico y muy profundo, no sólo en la manera de gobernarnos y resolver nuestros problemas, sino en un cambio vinculado a los que se daban en el mundo; la nueva actitud juvenil exteriorizada en la ropa y en el pelo, en la música y en los carteles; en las relaciones hombre-mujer, en la solidaridad efectiva que quiere sentir el estudiante con el campesino, con el obrero que en la UNAM se reduce simplemente a una noción social o económica, hasta literaria. ¿Cuántos de nosotros sólo sabemos de los obreros lo que nos ha dicho en sus novelas el escritor José Revueltas?

Luis Echeverría justificó la intervención del ejército el 18 de septiembre de 1968 como una devolución a las autoridades de los edificios tomados por grupos irracionales

El 18 de septiembre de 1968, cuando el ejército entró en la Ciudad Universitaria, acto que aún nos indigna, el gobierno, sin embargo, autorizó la paga de empleados y profesores; se les permitió a los empleados administrativos hacer los cheques de la quincena. Algunos profesores, como Abelardo Villegas y Eugenia Revueltas, quienes viven al día, como la mayoría de los mexicanos, se lanzaron a las compras de pánico porque pensaron: “ ¡Quién sabe cuanto dure esto y no nos van a pagar!”; pero los cheques se hicieron con la debida anticipación y los profesores y los empleados fueron a cobrarlos al edificio **Aristos**, en la Avenida Insurgentes, lo cual resulta contradictorio, ya que demuestra que el gobierno estaba dispuesto a sostener a la Universidad, a pesar de la ocupación militar. En cuanto a la famosa autonomía, cada quien la interpretó como quiso. Los estudiantes la veían como extraterritorialidad: territorio libre de América; en cambio, el gobierno, por conducto de Luis Echeverría, dijo que la autonomía había sido lesionada por grupos irracionales que habían tomado los edificios y justificó la intervención del ejército como una devolución de los locales a las autoridades correspondientes, y, en consecuencia, como una preservación de la autonomía. Ya Díaz Ordaz había hecho intervenir al ejército en otras universidades de provincia, en Michoacán, en Sonora, en Puebla, donde se produjo un vigoroso movimiento estudiantil. El Máximo defensor de la autonomía, según el Gobierno, es el ejército que ayuda a los buenos; o sea: las autoridades contra los malos: los muchachos rebeldes. Sin embargo, Barros Sierra se alió a los estudiantes y declaró que la autonomía era la posibilidad de que la Universidad estudiara por sí misma y se administrara por sí misma.

En los hoteles se habían recibido ya cancelaciones. Los visitantes no querían exponerse a disturbios callejeros

En 1968, el temor del gobierno fue subiendo de grado hasta llegar al rojo vivo. Los ojos del mundo, se decía, con-

vergían sobre nosotros., ¿Qué espectáculo estábamos dando? Se habían invertido tres mil millones de pesos -costo oficial de la Olimpiada- haciendo a un lado el problema del campo, la espantosa deuda pública nacional, el sector obrero, el problema de la vivienda; para hacer de México una vitrina. En los hoteles se habían recibido ya cancelaciones; los visitantes no querían exponerse a disturbios callejeros; los corresponsales y fotógrafos extranjeros mostraban más interés por tratar a los estudiantes que por ir a conocer el estadio donde se inaugurarían los juegos olímpicos (por eso Oriana Fallaci, invitada por miembros del CNH, estuvo en la plaza de las Tres Culturas el 2 de octubre). Había que actuar y pronto, ¡y de una vez por todas! Si la actitud estudiantil era de gente joven, impetuosa, el gobierno no abandonó nunca la postura paternalista, que caracteriza a nuestro régimen presidencial. El presidente es el padre, nuestro papacito, y en el 68 nos tocó, “ni modo; aquí nos tocó”, un padre colérico que tomó una silla para romperla en la cabeza y así matar al hijo desobediente. Todos conocen las consecuencias de la cólera y el miedo gubernamentales; un número aún no establecido de estudiantes, nombres, mujeres y niños (325, según el **periódico** inglés **The Guardian**) cayeron asesinados en la Plaza de las Tres Culturas el 2 de octubre de 1968. A partir de ese momento, la vida de muchos mexicanos quedó dividida en dos: antes y después de Tlatelolco.

200,000 estudiantes participaron en el movimiento estudiantil

Ramón Ramírez en su espléndido trabajo dividido en dos tomos: **El movimiento estudiantil de México nos** dice que 200 000 estudiantes participaron en el movimiento estudiantil: 90 000 de la UNAM, y 70 000 del POLI y de las Escuelas Normales, la Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo, sin olvidar a los alumnos provenientes de la Universidad Iberoamericana y otros centros de estudios superiores que no dependen del gobierno. Asimismo, las universidades de Veracruz, Sinaloa, Puebla y Tabasco, las de Michoacán, Nuevo León y Morelos.

Entusiasmado, el profesor Ramón Ramírez asienta que desde los primeros días -8 a 10 de agosto de 1968- el movimiento tuvo un programa y una dirección colectiva, unánimemente respetada. La formaban 210 alumnos, tres por escuela o facultad -en total, 70%, democráticamente elegidos en asambleas en las que participaban todas las corrientes políticas que existían entre el alumnado: comunistas, demócrata-cristianos, trotskistas, liga espartaquista, maoístas, guevaristas, socialistas, y posiblemente algún otro grupo de mayor o menor significación e importancia política. Lo positivo es que, a pesar de ésta compleja gama de posiciones políticas, la acción combativa fue armónica y la unidad se logró totalmente. Durante 120 días de lucha el movimiento pasó a ser un movimiento de masas, en el que se pusieron en tela de juicio una serie de valores o mitos, por ejemplo: la llamada **unidad nacional** y la coparticipación social en la que capitalistas y obreros no tienen intereses contrapuestos; la supuesta estabilidad social y económica del país; la intangibilidad de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial; la veracidad de la **gran prensa** nacional (en todas sus manifestaciones, -salvo en la del Silencio, el 13 de septiembree los participantes se detenían frente a **Excelsior** y **El Universal** -camino a la Avenida Juárez-, a corear con el puño en alto, los brazos en alto, agitando sus pancartas: **‘Prensa vendida’ ‘Prensa vendida’**); la validez de la democracia dirigida, forma personal e

inadecuada de gobierno; la supuesta independencia de las centrales obreras y campesinas, la eficacia de partidos independientes con representantes en la Cámara de Diputados, la autenticidad de infinidad de asociaciones que a nadie representan y, en fin, la conveniencia o no de mantener valores individuales ya superados, que, más que ayudar al desarrollo social y político del país, lo entorpecen con sus juicios y sus opiniones en su recalcitrante calidad de francotiradores.

Más de 700 personas arrestadas en C. U.
el 18 de septiembre de 1968

Cuando el ejército tomó la Ciudad Universitaria, el 18 de septiembre, más de 700 personas fueron detenidas. El 23 de septiembre, el Casco de Santo Tomás cayó en poder del ejército, después de diez horas de resistencia estudiantil a los embates sanguinarios de la policía. Las vocacionales 7 y 4 fueron ocupadas el 25 de septiembre. Aunque algunas personas salieron libres después de la toma de la Ciudad Universitaria, en general, el proceso del 68 fue masivo y de carácter político. De entre miles de ciudadanos detenidos se escogió a aquellos que habían participado en organismos dirigentes, como el CNH, la Coalición de Maestros, los comités de lucha o en organizaciones políticas de izquierda. Tal es el caso de la Licenciada Adela Salazar Carbajal de Castillejos y de Armando Castillejos, abogados de sindicatos independientes, quienes permanecieron dos años y medio en la cárcel acusados de colaborar en un **Plan Internacional 'de Subversión de las Instituciones Mexicanas**, concebido en la Habana y en Praga por las organizaciones de izquierda, como el Movimiento de Liberación Nacional, el Partido Comunista, los trosquistas, espartaquistas y otros. También fueron arrestados Renán o Enrique Cárdenas Marín, Erasmo Gutiérrez Vargas, Jaime Weiss Steider, Elí de Gortari, César Nicolás Molina Flores, Carlos Sevilla González, estudiante de Filosofía y Letras; Martín Dosal Jotter, de Comercio, compañero de celda de José Revueltas en Lecumberri; Consuelo Espejel Guerrero, Francisco Pérez Rojas, José Luis Pérez Rubio, Guillermo López Mayo, Juan Pablo Fuentes Zúñiga, Jaime Goded Andreu, hermano de Félix, Manuel Marcué Pardiñas, director de la Revista **Política** y de la excelente colección **Problemas Agrícolas e Industriales**. A propósito de Manuel Marcué Pardiñas, entre las pruebas que el Ministerio Público ofreció en contra suya se encuentran fotografías halladas en su hogar con el general Lázaro Cárdenas, al lado de Yuri Gagarin durante la visita de éste último a México, y las más subversivas, según el parte policíaco: en las que aparece junto al Che Guevara y a Fidel Castro que lo está abrazando. Igualmente curiosas fueron las pruebas en contra del ingeniero Heberto Castillo, a quien el Ministerio Público acusaba de constituirse en autoridad revolucionaria y firmar actas de matrimonio entre estudiantes, en la Ciudad Universitaria durante la noche del Grito, el 15 de septiembre; la prueba de este insólito hecho se encuentra en la parte policíaco que reproduce un acta matrimonial recogida en la Ciudad Universitaria, en que Heberto funge como juez. . . durante la kermesse organizada por los estudiantes ese mismo 15 de septiembre. Otro caso es el de Félix Goded Andreu, arrestado el 26 de julio de 1968, a quien no se mencionó en ningún párrafo correspondiente a su responsabilidad individual, en ningún parte policíaco, en ninguna declaración, en ningún documento que pueda considerarse como inculpativo, y que, empero, fue condenado, por los delitos de daño en propiedad ajena, ataques a las vías de comunica-



ción; sedición y asociación delictuosa, a ocho años de prisión y seis mil pesos de multa, o 120 días de prisión.

Los dos churreros en Lecumberri presos por el simple hecho de ir pasando.

Además de los dos churreros Félix Rodríguez y Alfredo Rodríguez, obreros de la Churrería de México, que agarraron el 23 de septiembre en el Casco de Santo Tomás, en Zacatenco, sólo porque iban pasando por ahí, y que permanecieron dos años sin juicio, sin sentencia, y sin tener nada que ver con el movimiento estudiantil; el caso de jóvenes trabajadores de poca preparación, detenidos el 2 de octubre y en días posteriores, resulta dramático. Se les preguntó en el Sexto Juzgado, con una preocupación fingida, si habían sido torturados para arrancarles su declaración y cuando dijeron que sí, les aconsejaron, con amabilidad: "Entonces, simplemente deber RATIFICAR sus declaraciones". Los jóvenes confiado e ignorantes, sin saber la diferencia entre **ratificar y rectificar** cayeron en la trampa tendida y purgaron sentencias por delitos jamás cometidos. Como lo escribieron en su libro **Los procesos de 1968**, Raúl Álvarez Garín, Luis González de Alba, Gilberto Guevara Niebla, Félix Lucio Hernández Gamundi y Miguel Eduardo Valle Espinoza: "Todos estamos acusados de todo, desde organizar los mítines hasta los crímenes cometidos en Tlatelolco. No existe, ninguna relación directa entre los supuestos actos delictivos y las personas acusadas. Por ejemplo, todas las personas detenidas el 2 de octubre están acusadas de homicidio por el simple hecho de que fueron detenidas ese día en la Plaza de las Tres Culturas. . . Para probar el cuerpo del delito de homicidio y lesiones, del cual están acusados más de veinte estudiantes, el Minis-

terio Público presenta las actas de defunción de dos soldados: Constantino Canales Rojas y Pedro Gustavo López Hernández; y les atribuye a los dirigentes del CNH y participantes en el movimiento estudiantil responsabilidad colectiva. Sin embargo, el 2 de octubre, en la noche, el gobierno reconoció oficialmente 35 muertos en los primeros momentos. (La prensa extranjera informó de más de 300 muertos, cifra más confiable, según lo confirman los testigos presenciales). El hecho de que sólo se presenten dos soldados muertos demuestra que los disparos no se dirigían contra los soldados, sino contra la multitud. El Ministerio Público no se atreve a responsabilizar a los procesados por la muerte de civiles, porque todos los cadáveres (civiles y militares) presentan heridas de bayoneta y de balas de calibres oficiales y las armas que se recogieron, después de catear todos los edificios de Tlatelolco, en donde viven 80 mil personas, consistieron en poco más de 20 rifles de calibre 22 y otras pocas armas de cacería. Con estos subterfugios, el Ministerio Público trata deliberadamente de ocultar la verdad de los hechos. Lo cierto es que en Tlatelolco los miembros del Batallón Olimpia tomaron por asalto el edificio Chihuahua, detuvieron de inmediato a todos los que se encontraban en el tercer piso -que era la tribuna del mitin- y desde allí comenzaron a disparar sobre la multitud. El ejército completó la tarea iniciada por el Batallón Olimpia. Existen innumerables testimonios de periodistas nacionales y extranjeros que describieron estos primeros momentos de la masacre y todos coinciden en señalar la presencia de individuos extraños, identificados con un guante blanco, quienes iniciaron el ataque. Después, el capitán Ernesto Morales Soto declaró en el acta 54832/68 que fueron puestas bajo su mando dos secciones de Caballería, formadas por 65 hombres pertenecientes al 18 y 19 regimiento de caballería, para trasladarse a la Unidad Tlatelolco, yendo todos vestidos de paisanos e identificados como militares por medio de un guante blanco, para que protegieran las dos puertas de acceso al Edificio Chihuahua, confundiendo con los allí presentes, y que posteriormente al lanzamiento de una luz de bengala, como señal previamente convenida, deberían apostarse en ambas puertas e impedir que entrara o saliera persona alguna. . . ” El propio Raúl Álvarez Garín asienta: “En ningún momento, y eso estuvo y está claro para cualquier observador objetivo, el triunfo del movimiento implicaba el derrocamiento del gobierno. Ni en sus demandas, ni en sus tácticas de lucha tuvo un carácter insurreccional. La violencia que arbitrariamente se atribuye a los estudiantes, siempre fue oficial y represiva y los estudiantes no hicieron más que defenderse cuando fueron agredidos. El 2 de octubre, algunos grupos que lograron huir de la masacre, desesperados, incendiaron autobuses en los alrededores intentando distraer a las fuerzas militares concentradas en Tlatelolco. Sin embargo, este tipo de respuesta justificada por los acontecimientos no fue la norma de las acciones estudiantiles.”

Vacune a su granadero.

Los propios partes policíacos presentados como pruebas de cargo consignan la algarabía juvenil y el hecho de que las manifestaciones estuvieran compuestas no sólo de **estudiantes “sino por gentes de todo tipo social, no viéndose en forma general agitadores profesionales al parecer, sino que voluntariamente el pueblo asistió a ellas pudiéndose apreciar un descontento general en contra del Gobierno, formándose la manifestación en opinión de los suscritos con- tando a las personas que se unieron y las que esperaban en**

el zócalo por aproximadamente doscientas mil personas”. Este es el parte policíaco 30, tomo VI, foja 38, en su informe acerca de la manifestación del día 27 de agosto de 1968. Estos partes se usaron para demostrar la existencia del **Plan Subversivo de Proyección Internacional**, y los agentes de la Federal de Seguridad anotaban todos los gritos, pancartas y leyendas, como **Muera el chango Díaz Ordaz; Chango cabrón, al paredón; Viva la Guerrilla de Genaro Vásquez; Exigimos la prueba de la parafina a la mano tendida; Corona no tiene madre y en caso que la tuviera el pueblo se la rompiera; Un gobierno con cáncer, Gustavo Díaz Ordaz, Corona y Echeverría; Si ya tenemos ladrones en el gobierno no queremos asesinos; Díaz Ordaz ¿dónde estás?; Díaz Ordaz saca los dientes; Yo no tengo padre, porque es granadero y el granadero no tiene madre; Granadero, \$1,760.00, un maestro educador \$1,450.00; Díaz Ordaz, Hitler 68.** En fin, los dos temas más socorridos fueron los granaderos y Díaz Ordaz. Los gritos, las leyendas, los volantes, las pintas, la risa, la indignación terminaron en la noche de Tlatelolco, el 2 de octubre.

Más presos que gritos

Hubo más presos que gritos. En la cárcel quedaron detenidos doscientos ciudadanos y otros doscientos salieron en libertad bajo caución; es decir, que subsistió la amenaza de detención ya que se encontraron libres bajo distintos procedimientos judiciales. Luis Tomas Cervantes Cabeza de Vaca, de la escuela de Agricultura de Chapingo, fue hecho prisionero desde el 27 de septiembre; pero en la noche del 2 de octubre, hasta la madrugada del día 3, lo torturaron salvajemente; le hicieron simulacro de fusilamiento. El mismo cuenta: “Después me sujetaron de nuevo y pusieron la pistola junto a mi cabeza, haciendo un disparo. Luego dijeron: “No vale la pena matarlo, castrémoslo”. Después de haberme dado **lo** que **ellos llaman calentada**, se me inyectó en los testículos una sustancia anestésica y se me hizo un simulacro de castración, rompiendome el escroto con una navaja o bisturí, cicatriz que aún conservo. Todo esto fue en la noche del 2 de octubre, hasta las seis de la mañana del día 3. El 3 de octubre, a las siete de la mañana, fui nuevamente traído a la cárcel de Lecumberri, en donde se me incomunicó en las peores condiciones, sin dejarme salir ‘siquiera a hacer mis necesidades, las cuales hacía en un bote de veinte litros que jamás fue sacado en los 28 días de incomunicación. No veía ni a los carceleros. No tenía ni cobija ni colchón. Se me tuvo con una alimentación precaria consistente en un vaso de atole en la mañana y otro en la tarde que me depositaba en una pequeña abertura en la puerta de mi celda. Todo lo anterior, como usted sabé, es contrario a los derechos humanos y a nuestra propia Constitución.” En la resolución constitucional del 12 de octubre quedaron presos Florencio López Osuna, Sergio Antonio Castañeda, Ajax Segura Garrido, Félix Octavio Martínez Alcalá, José Carlos Andrade Ruiz, Carlos Martín del Campo Ponce de León, Servando Dávila Jiménez, Leobardo López Aretche; el cineasta hacedor de la película **El Grito** quien murió meses después, Angel Gustavo Castro Mellado; José Piñero Guzmán, Sócrates Amado Campos Lemus, Gilberto Ramón Guevara Niebla, Luis Oscar González de Alba, Pablo Gómez Álvarez y Félix Lucio Hernández Gamundi. Según la resolución constitucional de 18 de octubre quedó preso **El búho**, Miguel Eduardo Valle Espinoza, y al día siguiente Luis Raúl Álvarez Garín, quien estuvo incomunicado en el campo militar número 1 durante más de quince días.

al grado de que sus padres pagaron desplegados en los periódicos pidiendo que se les informara sobre su paradero. Como la mayoría de los presos, Alvarez Garín fue acusado de nueve delitos: daño en propiedad ajena, ataques a las vías de comunicación, sedición, asociación delictuosa, invitación a la rebelión, robo de uso, despojo, acopio de armas, homicidio y lesiones contra agentes de la autoridad, y se le sentencia a 16 años de prisión y multa de seis mil pesos o 120 días más de prisión. Otros, como Elí de Gortari, Manuel Marcué Pardiñas, los esposos Castillejos fueron sentenciados a diez años de prisión. Los miembros del Partido Comunista a 14 años. Las condenas de sólo 3 años y 6 meses de prisión fueron para empleados. Un profesor de la Universidad Benito Juárez, de Oaxaca, fue condenado a cinco años de prisión más multa de cinco mil pesos. Joel Arriaga Navarro, quien habría de morir asesinado en Puebla unos años después; José Luis Martínez Pérez, Jesús Morales Tapia, Marcos Antonio Avila Cadena, el norteamericano Bernard Phillip Ames, Francisco Lino Ocequeda Cáceres, César Enciso Barrón, Arturo Martínez Nateras, el escritor José Revueltas (quien escribió en Lecumberri entre 1969 y 1970 su excelente novela corta *El Apando*), José Tayde Aburto, Roberta Avendaño Martínez, (la famosa Tita, acusada hasta de homicidio y lesiones en contra de agentes de la autoridad, por el simple hecho de encontrarse en Tlatelolco), Ana Ignacia Rodríguez Márquez, Antonio Pérez Sánchez, Rodolfo Echeverría Martínez, Salvador Ruiz Villegas, el doctor Fausto Trejo Fuentes, José Natividad Francisco Comenares César, Jesús González Guardado, Ramón Danzós Palomino, el ingeniero Heberto Castillo Martínez, Federico Emery Ulloa, Pedro Estrada Vega, Nicolás López Martínez, Ernesto Olvera Sotres, Carlos Medina Sevilla, Ignacio Alfonso Plata Díaz Alejandro, Raúl Ortiz Camacho, Miguel Bejarano Gracés, Raymundo Arane Velásquez, Mario Zamora Beceril, José Manuel Irán Téllez, José León Pámanes, Rafael Jacobo García. . . una larga lista de hombres privados de su libertad, hasta alcanzar el número 200, fueron declarados culpables.

En el plano político,
en México no existen sino jueces corruptos

Gilberto Guevara, Felix Lucio Hernández y Miguel Eduardo Valle sostienen:

“En todo el mundo se encuentran jueces corruptos que se pliegan a los intereses de los poderosos, pero también existen numerosos jueces honestos que hacen honor a su profesión de impartir justicia. En México no existen excepciones. Todos están corrompidos, aterrorizados y sometidos incondicionalmente al Poder Ejecutivo. Si bien es cierto que en los casos del orden común existen magistrados que gozan de un merecido respeto por su honestidad e incorruptibilidad, también es cierto que cuando estas mismas personas tienen que actuar en casos políticos, cuando tienen que decidir quién tiene la razón, si los ciudadanos o el Estado, invariablemente se pliegan y justifican las arbitrariedades de éste.

“En los juicios de Nuremberg, quedó asentado y fue aceptado internacionalmente que la obediencia a órdenes arbitrarias que impliquen la violación de los derechos humanos no exime de responsabilidad a quién las ejecuta. La sujeción y falta de independencia del poder judicial es uno de los fenómenos más graves de la vida política nacional, porque deja desamparados a los ciudadanos frente a los abusos del poder, niega en su esencia más íntima el sistema democrático y el gobierno adquiere, por su arbitrariedad, características despóticas”.



¿O Martínez Manautou o Echeverría?

Tampoco debe hacerse a un lado el hecho de que faltara un año y medio para el final de sexenio de Díaz Ordaz y se hablaba ya de los tapados: Emilio Martínez Manautou y Luis Echeverría. “Hagan su juego señores, a ver, ¿dónde quedó la bolita?” Muchos universitarios tomaron partido por Emilio Martínez Manautou, secretario particular de Díaz Ordaz. Un folleto que integra ensayos de Enrique González Casanova, Gastón García Cantú, Francisco López Camara, Víctor Flores Olea y otros, lo comprueba. Naturalmente este juego político influía sobre el movimiento estudiantil, y, como en todas las manifestaciones políticas que alcanzan envergadura, muchos trataron de capitalizar la fuerza de los jóvenes. Elena Garro, por ejemplo, iba a las reuniones de Ciudad Universitaria y proponía a Carlos Madrazo como uno de los líderes adhoc; se decía que otros políticos estaban involucrados como lo demuestra Luis Tomás Cervantes Cabeza de Vaca cuando cuenta que en los interrogatorios insistían en gritarle: “¿Cuánto dinero les dio Gil Preciado?” Se barajaron nombres, asociaciones políticas y naturalmente la CIA hizo su aparición victoriosa.

Causaron pavor las ráfagas de ametralladora

De las crónicas de los reporteros sobre la matanza de Tlatelolco, la de Félix Fuentes, de *La Prensa*, da una imagen casi cinematográfica de la acción del Batallón Olimpia y los policías con guante blanco. Dice muy claramente: “El temor cundió entre estudiantes, reporteros y policías. Los últimos a cada rato, vociferaban: ¡Batallón Olimpia! Y el fuego continuaba”. *La Prensa*, además, se caracteriza por ser un periódico popular y sin partidismos. De ahí que es importante su visión de los hechos:

Quien esto escribe fue arrollado por la multitud cerca del edificio de la Secretaría de Relaciones Exteriores. No muy lejos se desplomó una mujer, no se sabe si lesionada por algún proyectil o a causa de un desmayo. Algunos jóvenes trataron de auxiliarla, pero los soldados lo impidieron. Durante veinte minutos, el tiroteo fue nutrido y causaron pavor las ráfagas de ametralladora. Los militares dispararon también contra los edificios, quién sabe con qué objeto. De pronto resultó imposible conocer el número de heridos o muertos, pues la operación militar, en círculo, lo impidió. Muchos soldados debieron lesionarse entre sí, pues al cerrar el círculo los proyectiles salieron por todas direcciones. El zumbido de las balas causó tanto terror como el tiroteo y hubo mujeres desesperadas que abrazaron a sus niños para huir de la zona, sin calcular que eso las exponía a peores peligros. Cientos de mujeres, estudiantes y adultos obtuvieron refugio en los miles de departamentos de Tlatelolco, pero mucha gente buscó refugio, boca abajo, en las escaleras. Personas que nada tienen que ver con el movimiento de huelga, pero que se enfurecieron con la acción militar, sacaron sus pistolas y dispararon a través de las ventanas, contra el ejército. Los gritos, los llantos y la desesperación se confundieron en aquel episodio de 30 minutos, pero que parecieron 30 siglos. En medio del caos, hubo jóvenes que se enfrentaron al ejército, pero fueron recibidos a culatazos. Un colega diarista gritaba que era reportero y un soldado le contestó: “¡Mucho gusto!”. Luego lo lanzó contra una pared, con los brazos en alto. A un fotógrafo le dieron un piquete de bayoneta para que soltara su cámara. Nuestro fotógrafo Raúl Hernández fue lanzado contra el piso por soldados que le profirieron los peores insultos y mientras le caían los cartuchos quemados que botaban las armas automáticas cerca de él, escuchó los zumbidos de las balas disparadas, por militares que estaban en sentido contrario. Un hombre, tirado junto a Raúl Hernández, no dejó de rezar. Pudimos percatarnos que agentes policíaco?, unos al mando del comandante Cuauhtémoc Cardenas, de la Judicial del Distrito, esperaban la llegada del ejército para emprenderla contra los líderes estudiantiles. Durante los 30 minutos que duró el tiroteo se evitó que las ambulancias de las cruces Roja y Verde llegaran a la Plaza de las Tres Culturas. Un ambulante: de la Cruz Verde dijo a La Prensa que, mediante balazos le advirtieron que no se acercara. A las 18.30 horas se siguieron escuchando balazos, pero ya esporádicos. Unos camarógrafos extranjeros que filmaban las escenas fueron auxiliados por un militar para retirarse de aquel infierno. Un periodista japonés corrió con las manos a la nuca y nadie le pudo entender, pero se supone que reclamaba auxilio. Cerca de las siete de la noche se permitió la entrada de ambulancias al lugar del suceso y se desató un insoportable ulular de sirenas que acabó de poner los nervios de punta a quienes estuvimos en medio de la balacera.

La agresión del ejército se produjo cuando el mitin estaba por concluir y cuando un líder estudiantil había pedido a la multitud que “era conveniente suspender la manifestación que estaba planeada en el Casco de Santo Tomás”.

Las consecuencias del movimiento estudiantil de 1968

Quizá todo quedó en el grito. Después de la masacre, la vida volvió a la normalidad, como si lo de Tlatelolco no hubiera existido. El mismo 2 de octubre pasaban al lado de la Plaza de las Tres Culturas taxis, ciclistas, peatones, como si nada hubiera ocurrido. La profesora Margarita Nolasco lo dice: “Al salir de Tlatelolco, todo era de una normalidad horrible, insultante. No era posible que todo siguiera en calma. Sin embargo, la vida ha seguido, como si nada. Entonces me agarró una especie de ataque de histeria y empecé a gritar: ¡Están masacrando a la gente en Tlatelolco!”. El estudiante de la ESQUIE, del Poli, Enrique Vargas,

también declaró: “Yo me fui a sentar a mi casa y pensé: ‘Mañana, el pueblo se levanta en armas, mañana que se enteren empieza la revolución’ y cuando vi que todo seguía igual, que nadie se movía, fue el choque más grande de mi vida.” Claude Kejman, corresponsal de **Le Monde**, busca una explicación:

Tengo la impresión de que la gente fue tomada por sorpresa y que quedó como petrificada. La gente aún no comprende de qué se trataba. ¿Por qué? ¿qué es lo que había debajo? ¿Quién es el responsable? Lo que más me llamó la atención es que, ocho días después los juegos olímpicos se inauguraran como si nada, en medio de una calma al menos aparente. Lo que en cualquier otro país bastaría para desencadenar una guerra civil, aquí no ha trascendido más allá de los días de tensión que siguieron a Tlatelolco.

Estoy tan aterrada ante Tlatelolco -continúa Claude Kejman- que a veces me pregunto si es verdad. No hago un juicio moral sobre Tlatelolco, lo único que puedo decir es que no entiendo ¿Por qué? No entiendo tampoco porque se guarda silencio. Personalmente, por lo que he podido ver, creo que el sistema tiene grandes fallas. Un día, un profesor de la Universidad me dijo: “No olvide jamás que aquí todos somos funcionarios”. Por lo visto, todos están metidos en el sistema y creo que éste es uno de los problemas de México.

El problema estudiantil, un problema de clase que no atañe a otros sectores de la población

Sin embargo, esta falta de reacción de parte de otros sectores sociales se debe a que muy pocos, en México, por una u otra razón, tienen acceso a la educación superior y éstos no provienen ciertamente de las clases populares. El 80 por ciento de la población de la UNAM proviene de los sectores medios, no de los obreros ni de los campesinos. Los estudiantes nunca llegaron realmente a comunicarse con los obreros, nunca encontraron el lenguaje ni lo compartieron porque, para ellos, aún hoy en día el problema de los obreros es sólo un problema libresco que pueden sentir, pero que no conocen. A los trabajadores, los desmanes callejeros de los estudiantes los sacan de quicio; los muchachos, que alborotan en los camiones, el relajo, los gritos, las porras son vistas con un rencor real y profundo. “Tienen una oportunidad que nosotros jamás tuvimos y se dedican a golpear. Lo que pasa es que estos vagos no tienen madre.” El padre de Andrés Montaña Sánchez, obrero en Carros de Ferrocarril, en Ciudad Sahagún, le prohibió a su hijo unirse al movimiento: “A mí todo me ha costado demasiado trabajo para que tú vayas a México a meterte en líos.” Por lo tanto, el problema estudiantil no les tocaba de cerca a la clase obrera y se reducía al círculo cerrado de la vida escolar superior. Claro, las manifestaciones populares habían conmovido no sólo al Distrito Federal, sino que en Sonora, en Sinaloa, en Yucatán, en Veracruz, en Oaxaca, en Guerrero hubo protestas estudiantiles de apoyo al movimiento capitalino, para exigir demandas de sus propias universidades. per., a la hora de los catorrazos, la mayoría de los mexicanos, los que forman la llamada opinión pública, no se daban por enterados. Nuestro país regresó al silencio. Unos días más tarde, durante la Olimpiada, una señora se abanicaba con las puntas de su rebozo al ver al sargento Pedraza echar los bofes el el hígado mientras corría a paso de ganso, cuando el periodista: Edmundo Domínguez Aragonés comentó: “Mire usted nada más. señora hace unos días estábamos aquí viendo lo de Tlatelolco y ahora presenciamos esta carrera, como si nada; y la señora

que todavía se abanicaba con las puntas de su rebozo. le respondió: “ ¡ Ay, pues ni modo!”

Hubo pocas protestas públicas después del 2 de octubre. O el gobierno las silenció o la gente estaba aterrada. Raúl Álvarez Garín nos dijo en Lecumberri: “La masacre del 2 de octubre fue justificada por todos los sectores gubernamentales; los más impúdicos, con ruidosas declaraciones públicas, y los otros con un profundo silencio cómplice. No se oyó ni una voz oficial de protesta por el asesinato de estudiantes, salvo, fuera del país, la renuncia de Octavio Paz a la embajada de México en la India.”

¿Sólo actitudes aisladas?

Si el movimiento estudiantil de 1968 y de su desenlace, el 2 de octubre, no salieron aparentemente sino actitudes independientes aisladas, como las de la revista de oposición **Punto Crítico**, hecha por Raúl Álvarez Garín y Adolfo Sánchez Rebolledo; la decisión de Heberto Castillo de canjear la ingeniería por la política; la del suplemento cultural de **Siempre**, dirigido por Monsiváis, Aguilar Mora, etc. ; la de Cosío Villegas, en el **Excelsior** de Julio Scherer García; la de Fuentes, en **Tiempo Mexicano**; la de Paz, y la de Zaid en **Plural**; la de José Emilio Pacheco en el **Diorama** de aquel **Excelsior**; la absoluta radicalización de Gastón García Cantú en el sexenio de Echeverría; los muchachos parecen haberle dejado a sus hermanos menores la consigna: “No olvides el 2 de octubre.” El movimiento estudiantil suscita aún hoy en día, un interés apasionado, a pesar de que la población juvenil vive un cambio contante al ser -lógicamente-promovida. La fluctuación en las **aulas**, el arribo de nuevos jóvenes podría condenar el movimiento al olvido, pero no es así. Aunque los muchachos ya no sean los mismos, el deseo de información sobre el movimiento permanece. Los libros que hablan del 68, a pesar de ser caros, siguen teniendo demanda. En la UNAM, Abelardo Villegas y sus alumnos han estado preparando un estudio científico y completo sobre el movimiento del 68.

En 1968, de pronto estalló en la calle, en el Paseo de la Reforma, en el Zócalo, la voz que había permanecido callada durante tantos años, al grado de que se hablaba del mutismo del mexicano, la dejadez del mexicano, el **ni modo** mexicano, la indiferencia del mexicano. En 1968, miles de mexicanos salieron de sus casas a gritar su coraje, su inconformidad. De pronto, no sólo demostraban su repudio al gobierno que más tarde se patentizó en las elecciones presidenciales del licenciado Echeverría, con un 34 por ciento de abstenciones, un 25 por ciento de votos anulados y un 20 por ciento de votos en contra; prácticamente, la mayoría del electorado del país, sino que estaban dispuestos a exigir que se cumplieran sus peticiones, clamadas bajo el balcón presidencial. El movimiento estudiantil actuó como detonador. El rencor latente, un rencor de años transmitido de padres a hijos, salía a la superficie. Los hijos empezaron a asfixiarse en esa atmósfera de cuchicheos, de “mejor no”; de “al fin que no podemos hacer nada”, “las cosas no van a cambiar porque tú hables”, etcétera.. Al menos, podían gritar a voz en cuello y formar esa masa crítica, intencionada, móvil que atemorizó al gobierno, a tal grado que lo llevó al enloquecimiento trágico y criminal que escindió nuestra vida pública. .

Si el lema estudiantil fue ganar la calle, el de Echeverría pareció ser ganar estudiantes

Dos años más tarde, las consecuencias del movimiento



estudiantil y de Tlatelolco habrían de aflorar en la actitud del gobierno de Echeverría (1970-76). Si el lema estudiantil fue **ganar la calle**, el de Echeverría pareció ser **ganar estudiantes**, porque a eso dedicó mucha de su energía. Como lo dice Abelardo Villegas en **La ideología del movimiento estudiantil en México**, lo más grave, el máximo enemigo del movimiento estudiantil no fue la represión violenta, sino la asimilación gubernamental. En ello gastó mucho de su valioso tiempo el presidente Echeverría; en conquistar a intelectuales que, a una edad relativamente temprana, tuvieron acceso al poder. Entre los líderes estudiantiles, el caso más sonado fue el de Sócrates Campos Lemus, que pasó a formar parte de la nómina nada menos que de la Secretaría de Gobernación, pero Sócrates ya había sido desenmascarado en Lecumberri por los líderes del CNH y jamás compartió la cruz de los presos políticos.

La violencia con que se reprimió el movimiento del 68 lo convirtió en el punto neurálgico de la acción política posterior

El problema de los estudiantes es un problema de clase media y, por lo tanto, tiene un carácter reducido al ámbito de las instituciones de cultura superior. Hay infinidad de problemas distintos: el del hambre, la salud pública, el desempleo, la dependencia económica de los Estados Unidos. Pero la violencia con que se reprimió el movimiento estudiantil lo convirtió en el punto neurálgico del cual se parte para iniciar cualquier acción política. El gobierno del presidente Echeverría, además de copartícipe, recogió el estigma de Tlatelolco y trató de borrarlo a toda costa. Era difícil que después repitiera Echeverría lo que le respondió a Pearl González, reportera de **The News**, en

su conferencia de prensa con los corresponsales extranjeros, a principios de su gestión. Ella le preguntó, en forma pertinente: “¿Por que no se usaron gases lacrimógenos, en vez de armas, para detener a los estudiantes?”, y Echeverría dijo: “**los muchachos nada tenían que andar haciendo en Zas calles**” pues su lugar estaba en las aulas, frente a sus libros. Tal parece que el gobierno de Echeverría funcionó en tomo a Tlatelolco, y con razón, pues un nuevo Tlatelolco -según los observadores políticos- hubiera significado la instauración de la dictadura. Si el gobierno había perdido la credibilidad del público, trataba de recuperarla allegándose a los jóvenes. Gabriel Zaid me contaba que un presidente de Guatemala o algo así, cada vez que atisbaba una manifestación en contra suya, bajaba hecho la mocha desde el balcón presidencial y encabezada la oposición. Con Echeverría sucedió, un poco, lo mismo; el presidente en persona, salía a la conquista del estudiantado con una vehemencia impensable sin Tlatelolco. (En Baja California, por ejemplo, los estudiantes le pidieron dos camiones y Echeverría les dio seis. Un muchacho de apellido Hiraes, en Tijuana, le obligó a guardar un minuto de silencio por los muertos de Tlatelolco. Cuando el presidente quiso agregar a los soldados muertos, el estudiante le dijo: “No señor, aquí somos nosotros los que ponemos las condiciones”. Uno de los hermanos Hiraes que se enfrentó a Echeverría está en Cuba; al otro se le reportó desaparecido.)

¿Cambió nuestro país? Sí, el gobierno se hizo mas fuerte, el ejército más temible, la policía más brutal, los fines diazordasistas se alcanzaron victoriosamente. El ultraizquierdismo, como desviación política, el esquematismo, como enfermedad endémica tal y como los analizó la revista Punto **Crítico**, dieron lugar a fenómenos tan aterradores **como el de los Enfermos**, en la Universidad de Sinaloa, muchachos delirantes que se dedicaron a punta de pistola a sacarle las tripas a “las mierdas burguesas”. A partir de la impotencia, o la gente se organiza o enloquece y **los Enfermos** prefirieron enloquecer. **Los Enfermos y los Halcones** son dos caras de la misma moneda; hasta ahora, **los** actos de represión, en nuestro país, sólo han favorecido al fascismo y uno de los mayores aliados de la CIA en México ha sido la llamada Liga Comunista 23 de septiembre, en sus actuales manifestaciones.

En México es posible movilizara grandes sectores del pueblo, al margen de los controles oficiales

Una gran parte de la atención de Echeverría se centró, al principio en los jóvenes; jóvenes en su gabinete, jóvenes en las gubernaturas de los estados, jóvenes en puestos políticos y administrativos. Que se oiga, pues, la voz de los jóvenes, aunque ésta se oficialice capturada en el engranaje gubernamental. El gobierno de Echeverría reconoció que el movimiento estudiantil, con todas sus fallas y sus virtudes, es una fuerza muy importante, una fuerza vital dentro de nuestro país. ¿Hubiera sido posible gobernar de otro modo? No. Quizá sea ésta la mayor victoria del movimiento estudiantil de 68, la presión que ejercida día a día, a corto y largo plazo, sobre las autoridades gubernamentales. El propio Demetrio Vallejo declaró que su libertad -una de las banderas que enarbó el movimiento estudiantil- se debió a la acción de los estudiantes. La discusión pública, el surgimiento de actitudes críticas, la demostración de que en México “es posible movilizar a grandes sectores del pueblo, al margen de los controles oficiales”, el interés puesto en las universidades, tanto en la Nacio-

nal como en las de provincia, parecieron en el sexenio pasado, otra victoria estudiantil. **Excelsior** llegó a publicar en sus páginas editoriales y en los informes y crónicas de sus reporteros críticas muy claras al gobierno, a los altos funcionarios e incluso al propio presidente de la República. **Excelsior** informaba de conflictos obrero-patronales que tenían poca o nula posibilidad de divulgarse en los grandes medios de comunicación y que por su carácter, en un momento dado, parecieron constituir el embrión de un gran proceso de movilización popular. Se hacían análisis del sindicalismo independiente, del universitario, de despidos arbitrarios, denuncias campesinas, marchas de protesta e imposiciones priistas. La mayoría de los dirigentes políticos temerosos de que una bomba de tiempo les estallara en las manos, comenzaron a moverse. La tónica, pues, cambió. La señora Echeverría hablaba de, “nuestro gran amigo Julio Scherer” y Daniel Cosío Villegas era inútilmente acosado, por las cortesías presidenciales.

El 10 de junio,
jueves de Corpus de Echeverría

Si Gustavo Díaz Ordaz dijo en su quinto informe de gobierno el 1 de septiembre de 1969: “Por mi parte, asumo íntegramente la responsabilidad personal, ética, social, jurídica, política e histórica por las decisiones del Gobierno en relación con los sucesos del año pasado”, Luis Echeverría culpó a fuerzas opuestas a su gobierno, por la nueva matanza del 10 de junio de 1971. “Lo del 10 de junio fue una agresión en contra el Gobierno, fundamentalmente; quien no lo entienda así, no está entendiendo lo que está sucediendo en México. Estábamos precisamente luchando por el respeto a la autonomía de las universidades cuando sucedió esto”. El mismo 10 de junio en la noche cuando lo visitaron periodistas dijo con esa intensidad, esa sí, **subrayada**, que es uno de los rasgos de su carácter y de su fisonomía: “Si ustedes están indignados, yo estoy más indignado”. A partir de ese momento, Luis Echeverría no cejó en su afán de explicarse ante el público. El 15 de junio de 1971 le concedió una entrevista a Jacobo Zabludowsky y cuando éste le preguntó si serían castigados los culpables respondió: “Categoricamente sí, Jacobo”. Todo el aparato publicitario del país, la televisión, la prensa, los órganos de difusión se dedicaron a condenar airadamente los sucesos del 10 de junio. Pero no por eso hubo mayor claridad que en Tlatelolco respecto a los muertos. Primero fueron cuatro, después once, después siete cadáveres procedentes del Rubén Leñero los que fueron identificados por sus familiares, entre ellos un niño de 14 años: Jorge Calleja Contreras. En los periódicos se habló del grupo paramilitar: los Halcones, de zapatos tenis, fornidos como gimnastas, entrenados en el kendo, que con sus bastones o varas “chang” atacaron a los manifestantes. Se habló incluso de su campo de entrenamiento en la Cuchilla del Tesoro, San Juan de Aragón, y de que los halcones habían bajado de camiones pintados de gris que más tarde regresaron a los patios del Departamento del Distrito Federal. Si no se precisó el número de muertos ni el número de heridos, el tono de la información periodística, el tratamiento al “respectable” (público) cambió. El gobierno era víctima de una conjura, el pueblo de México, ahora debía apoyarlo. El día 12 de junio salieron a un recorrido -inspección-ocular- por el lugar de los hechos el jefe del estado mayor, de la policía,

coronel Angel Rodríguez García, el procurador Sánchez Vargas, el secretario de educación Bravo Ahuja. Lo recuerdo especialmente por la noble actuación del periodista de "Novedades" Enrique Alfaro quien interrumpió al coronel y lo acusó de estar desvirtuando los hechos y de haber apoyado a los grupos agresores al dejar pasar los vehículos grises de los que bajaron los grupos de choque con varas, que de inmediato agredieron a los manifestantes. Cuando el coronel respondió: "Teníamos instrucciones de no intervenir, la policía nunca ha intervenido en las manifestaciones estudiantiles (?)" Enrique Alfaro había logrado ya romper la pasividad de los oyentes.

Para el 15 de junio, el PRI preparó una magna concentración de unidad nacional en torno al PRESIDENTE AGRAVIADO. Contingentes de Puebla, Tlaxcala, Morelos, Hidalgo darían su apoyo. Gerardo Medina Valdés relata cómo en el Centro Médico se interrumpió una de las sesiones para anunciar a los congresistas de Seguridad e Higiene que mañana era la concentración de respaldo al ciudadano presidente de la república. Un delegado de Los Mochis pidió la palabra: "Oiga y ¿para qué es eso? ¿Se trata de una orden o de una invitación?". "Compañero, claro que se trata de una invitación y el acto se debe alo del 10 de junio, hay que ir a apoyar al señor Presidente". El sinaloense entonces respondió: "Pues yo por mi parte, no vine a cazar halcones pero tampoco vine a ser pichón".

Ese mismo día en la noche fueron destituidos el jefe del Departamento del Distrito Federal Alfonso Martínez Domínguez, y Rogelio Flores Curiel, de la Policía, ambos buenos amigos y compañeros del presidente de la república que necesitaba que "no haya una sombra de duda respecto a las investigaciones". Un tiempo más tarde Julio Sánchez Vargas fue sustituido por Ojeda Paullada. Ahora sí, no habría sombra alguna, se descubrirían los halcones y las fuerzas opuestas al gobierno de Echeverría. Transcurrió el mes de junio, los periódicos hablaron cada vez menos de la matanza, las investigaciones pasaron a planas interiores, hasta que con el tiempo el interés público se fue perdiendo (**con sólo** no fomentarlo) y el presidente pudo repetir en su primer informe de gobierno en la Cámara de Diputados:

En su oportunidad, reprobamos categóricamente los sucesos del 10 de junio. Ante la representación nacional reiteramos hoy al pueblo de México que habremos de mantener la autoridad legal de los poderes democráticamente constituidos y la fuerza moral de su investidura. . . Conocemos los obstáculos y las fuerzas que se oponen a nuestro propósito. Sabemos a quienes benefician nuestras eventuales discordias. No estamos dispuestos a permitir que intereses ajenos, facciones irresponsables o ambiciones egoístas de poder comprometan los objetivos que el pueblo comparte y está decidido a conseguir.

¿Y de los halcones? ¿Y las fuerzas? ¿Los nombres? En eso quedó. Nunca se aclaró nada, nunca apareció halcón alguno, nunca por lo tanto se castigó a uno solo de los culpables. ¿O puede considerarse castigo el rostro ensombrecido de Alfonso Martínez Domínguez? Meses más tarde si uno se atrevía a preguntar qué había pasado con la investigación, resultaba sospechoso, un aliado de "las fuerzas", un saboteador de la magna, la sacrificada labor presidencial. El presidente Echeverría siguió acercándose a las universidades y a los grupos estudiantiles, remontando tenazmente la cuesta del 68, la del 71. Pero la gente, del pueblo cansada de tanto esperar bautizó al grupo de bailarinas de folklore "**Las Palomas**" de la compañera María Esther, con el nombre de "**Las Halconas de San Jerónimo**".



Casi diez años después, también resulta que Gustavo Díaz Ordaz es una víctima y que su país le debe la vida

Si Luis Echeverría, el 10 de junio de 1971 resultó víctima de fuerzas opuestas a su gobierno, Gustavo Díaz Ordaz el 12 de abril de 1977, concedió en Tlatelolco (para que a nadie le cupiera la menor duda), la más insolente conferencia de prensa al ser nombrado por el presidente López Portillo embajador de México ante el Rey Juan Carlos de España. Allí nos enteramos de que Gustavo Díaz Ordaz era la víctima -otra-, había guardado un duro silencio sexenal, había sufrido en la soledad del golf, en la de sus ciudades favoritas -San Francisco y Nueva York., en la de su casa de Risco en los Jardines. del Pedregal. Ahora, reivindicado por López Portillo, limpio de polvo y paja, podía abrirnos su corazón y hablarnos hasta de sus amantes, sus amantotas, las que quiere que le hagan buenas, las que rechaza, las que la prensa (pendientísima de su vida erótica) le achaca, "hasta de las totonacas" (G.D.O. racista y sexista), las escasas totonacas que le han atribuido. Gustavo Díaz Ordaz es un majadero: habla como desde la cantina y después de meter sus manos en la herida de Tlatelolco, se despide aventando unas cuantas carcajadas calientes y cierra con un ademán tajante que la gran prensa califica de franco y sincero, su conferencia ante los periodistas.

La unanimidad elogiosa con la que la gran prensa recibió el nombramiento es un fenómeno inquietante

La unanimidad elogiosa con la que la gran prensa recibió el nombramiento es un fenómeno inquietante y la vuelta a

la vida pública de Gustavo Díaz Ordaz ha causado estupor en los círculos estudiantiles, universitarios, académicos. Más de 700 intelectuales, artistas, periodistas, maestros investigadores, firmaron una carta de protesta. Varios editoriales manifestaron su desacuerdo. La manifestación estudiantil del 26 de abril de 1977 fue silenciada a pesar de sus casi diez mil asistentes. “*El Sol de México*” por ejemplo, periódico ligado a Echeverría, consigna una manifestación que desquició el tránsito pero no dice ni por qué se hacía la manifestación. Tal parece que todos siguen la consigna enunciada en la conferencia de prensa del propio Díaz Ordaz: “¿Cuáles muertos, cual 2 de octubre, cuál noche de Tlatelolco?” Allí murieron treinta o cuarenta, nunca más, treinta o cuarenta entre soldados, alborotadores y curiosos, de esos majes que siempre andan metiéndose en las bolas, de esos que van pasando, los que caen por asomarse, los que no tienen nombre o si lo tienen, no puede asociarse a rostro alguno, los que mueren en las inundaciones, en los temblores, los fregados, los muertos de hambre a quienes siempre les toca lo malo, y a quienes les tocó la bala el 2 de octubre, ni modo, aquí les tocó, por andar de babosos, de revoltosos, porque no importan, porque bien pueden ser cuarenta o cuatrocientos o cuatro mil, porque entre menos burros más olotes.

La herida de 1968 todavía esta viva

Gustavo Díaz Ordaz mete de nuevo sus manos en las heridas y embarra de nuevo los muros de sangre, en Tlatelolco. Curiosamente el es quien habla de la sangre, de sus manos limpias de sangre (explicación no pedida) mientras lo escuchan tensos y azorados los reporteros y resuena en medio de los flashes el diminuto tableteo de la cámara de cine, recordando a otro tableteo en esta misma Plaza de las Tres Culturas. Díaz Ordaz es un terrorista. Dispara sus respuestas. Tajante, trata un tema que a todos nos puede: el de los muertos. Desafía. ¿Dónde están los cientos, los miles de muertos, señores periodistas?

Sólo Díaz Ordaz lo sabe. Porque el 2 de octubre, legalmente sólo murieron dos soldados en Tlatelolco: Constantino Rojas y Pedro Gustavo López Hernández. Son los únicos dos que tienen actas de defunción. Si uno relee la prensa de aquellos días verá que los muertos son mencionados con cifras, números, nunca con nombre y apellido. En la noche de 2 de octubre fueron hechas prisioneras más de tres mil personas; todos los hospitales fueron puestos bajo vigilancia policíaca, al Campo Militar número 1 llegaron bajo la lluvia, en camiones, enlatados, más de mil quinientos hombres y mujeres en calidad de detenidos, Demetrio Vallejo contó que en Santa Marta Acatitla donde estaba preso entraron 800 detenidos mojados hasta la médula, 400 fueron a Lecumberri, quizá más, y un número aún mayor a las demás cárceles. Por los hospitales de emergencia, por las cárceles, por las delegaciones, por las Cruces desfilaron muchísimos mexicanos en busca de sus desaparecidos. Raúl Álvarez Garín por ejemplo permaneció quince días incomunicado y así como él muchos jóvenes quienes fueron torturados, golpeados a culatazos en partes blandas, cateados (en Tlatelolco, a filas enteras de muchos los soldados les bajaron los pantalones y les pusieron de espalda a la pared), vejados, humillados. Si se piensa que sólo en una noche fueron hechos presos más de tres mil personas, podrá uno darse cuenta hasta qué grado de represión llegó el gobierno mexicano con tal de llevar a cabo su propósito: INAUGURAR LA OLIMPIADA. A los padres de familia que fueron a buscar a sus muertos, ya fue-

ran transeúntes, vecinos, estudiantes, curiosos, alborotadores, etcétera, se les trató como si fueran los padres o los hermanos de traidores a la patria y se les obligó a firmar declaraciones de conformidad a “muerte por accidente” sin investigación ni derecho a reclamación alguna. Esta fue la condición para entregar los cuerpos. En la Procuraduría, algunas madres de familia se presentaron para pedir justicia: no sólo no se les hizo sino que se les dijo que serían arrestadas si pretendían divulgar, publicar o continuar sus pesquisas. Ni un sólo “hombre de ley” hizo caso de sus peticiones. A fines de octubre, el CNH (Consejo Nacional de Huelga) organizó brigadas de encuesta en la casa de desaparecidos. Nadie quiso hablar. “¿Ya para qué?” Una madre de familia reveló: “¿Qué no ven ustedes que todavía tengo otros hijos y también me los pueden matar?”

Del horror, de la barbarie de la persecución estudiantil en México, dio fe la periodista Oriana Fallaci que apenas pudo hizo pública su protesta diciendo que en Vietnam por lo menos había la posibilidad de correr a guarecerse en los refugios ami-aéreos al anuncio de un bombardeo pero que en México las ráfagas de ametralladoras caían sobre una masa inerte en el acto más inmoral y más terrible presenciado en su larga vida de periodista y hasta de corresponsal de guerra.

Denuncia en contra de Díaz Ordaz en la Oficialía de Partes de la Procuraduría

El 20 de noviembre de 1971, Emilio Krieger, Juan Manuel Gómez Gutiérrez, Carmen Merino Millan, Guillermo Andrade y Carlos Fernández del Real citaron a los periodistas en la antesala del procurador Pedro Ojeda Paullada. Iban a entregar en la Oficialía de Partes una denuncia en contra de Díaz Ordaz. Los delitos oficiales de que lo acusaron: **Violación de Garantías Individuales, Infracción de Leyes Constitucionales que causa trastrono en el funcionamiento normal de las Instituciones** según el Art. 29 Constitucional. Los delitos comunes: HOMICIDIO Y LESIONES. Se adjuntaron a esta demanda pruebas, expedientes, copias fotostáticas, nombres de algunas de las personas muertas en la Plaza de las Tres Culturas, procesos, libros, testimonios de los siguientes periodistas que aceptaron ser citados a declarar: Jesús M. Lozano, Miguel Angel Martínez Agis, Felix Fuentes, Jorge Avles R., José Luis Mejías, Jose Antonio del Campo. El Procurador de la República, Pedro Ojeda Paullada, recibió a los abogados, tomó la denuncia, las actas, las pruebas, los libros, etcétera y les dijo -sonriendo- a los abogados al meter todo el material en el cajón de su escritorio: “Ahí se va a quedar”.

Y ahí se ha quedado

También en el cajón del Procurador quedaron los nombres de algunas de las personas víctimas en la Plaza de las Tres Culturas, en Tlatelolco. Los abogados Fernández del Real y Krieger dijeron que aunque existía la certidumbre de que las personas asesinadas ascendieran a varias decenas -algunas versiones hacen llegar al número a varios cientos-, sólo hacían referencia en su denuncia al delito de homicidio cometido en perjuicio de personas cuya identidad y causa de su muerte pudiera ser PLENAMENTE COMPROBADA y casos en los cuales podía acompañarse en copia fotostática la documentación correspondiente. Estos nombres son:

Carlos Beltrán Macial.	(29 años)
Luis Gómez Ortega	(23 años)
Jaime Pintado Gil	anos
Antonio Solórzano Gaona	(42 años, ambulante de la Cruz Roja)
Agustina Matus de Campos	(60 años)
Guillermo Rivera Torres	años
Cecilio León Torres	(19 años)
María Regina Teuscher (la edecán)	(19 años)
Fernando Hernández Chantre	(20 años)
Gloria Valencia Lara de González	(30 años)
(la mujer embarazada, portada del Paris-Match)	
Rosa María Maximiana Mendoza Rosales	(19 años)
Leonor Pérez González	(19 años)
Cuitlahuac Gallegos Bañuelos	(19 años)
Ramón Horta Ruiz	(21 años)
Cornelio Benigno Caballero Gardulfo	(18 años)
José Ignacio Caballero González	(26 años)
Jorge Ramírez Gómez	(18 años)
Rosalino Marín Villanueva	(18 años)
Juan Rojas Luna	(15 años)
Petra Martínez García	(15 años)

Y los dos soldados que he mencionado con insistencia: Pedro Gustavo López Hernández de 22 años y Constantino Corrales Rojas, cabo del ejército cuya edad no aparece.

Los abogados consideraron obligación de la Procuraduría General de la República investigar los otros casos de homicidio cometidos el dos de octubre, en la Plaza de las Tres Culturas, al reprimirse con la fuerza armada el mitin del Consejo Nacional de Huelga.

Todavía muchas semanas después de la matanza de Tlatelolco, las fuerzas policíacas continuaron “realizando detenciones”, entre los cuales se pueden mencionar la de Moisés González Pacheco, catedrático detenido el 19 de noviembre, la de José Tayde Aburto, el 17 de diciembre, la del escritor José Revueltas, el 16 de noviembre, la de Faustino Trejo, el 16 de enero de 1969, la de Salvador Ruiz Villegas, Ana Ignacia Rogríguez H., Roberta Avendaño M., Antonio Pérez Sánchez, el 4 de enero de 1969, hasta llegar al mes de mayo en que fueron detenidos Ramón Danzós Palomino y el ingeniero Heberto Castillo y más adelante en Zacatecas al dirigente Rafael Jacobo García.

Además, las personas que demostraron su simpatía durante el movimiento de 1968 tuvieron que salir del país perseguidos por “la justicia del régimen diazordacista”. Tal fue el caso del doctor Alberto Monnier, investigador, del matemático José Ludlow, de los miembros del Consejo Nacional de Huelga: Marcelino Perelló, Gustavo Gordillo y Roberto Escudero.

Casi diez años después, la ímica voz oficial que rompe la unidad del coro es la de Carlos Fuentes

Tal parece que no hemos aprendido. Casi diez años después la única voz oficial que rompe la unidad del coro es la de Carlos Fuentes. La renuncia de Carlos Fuentes es buena. En lo que se equivoca Fuentes es en insistir en que Luis Echeverría nada tuvo que ver en los sucesos del 68. Esto no es posible ni creíble porque si Echeverría se hubiera tan sólo opuesto levemente o una sola vez al entonces presidente de la república jamás hubiera sido su sucesor. (A las 2.30 de la madrugada del 30 de julio, día del bazucazo en el Colegio de San Idelfonso -la puerta de madera voló en pedazos- (400 heridos y 1,066 detenidos) Luis Echeverría, Corona del Rosal, Julio Sánchez Vargas, declararon compartir la responsabilidad por igual. . . Soli-

citaron la intervención del ejército en ausencia del presidente de la república de gira por Jalisco. Más tarde, los mismos fueron consignados por la Coalición de Maestros ante la H. Cámara de Diputados por haber violado el artículo 29 de la Constitución al suspenderse de hecho las garantías constitucionales, y el artículo 129 de la Constitución que dispone que en tiempo de paz ninguna autoridad militar puede ejercer más funciones que las que tienen exacta conexión con la disciplina militar y el 89 por ciento en su fracción VI que dispone que solo el Presidente de la República puede utilizar la fuerza armada para la seguridad interior de la nación.)

Por lo general, los miembros del gabinete, los secretarios de estado mexicanos se subordinan al jefe. Son cesados -entre otras razones personales- por incapaces o porque pasan a ser una tuerquita o tuercota útil dentro del formidable engranaje gubernamental. Por eso también reaparecen. Nunca o casi nunca actúan en forma autónoma. Al menos así ha sido en los últimos sexenios y el único miembro de gabinete que se recuerda por su personalidad por -por cierto detestable- es Ernesto Uruchurtu. Los demás ya no tienen ni rostro ni palabra. Ni pintaron ni dieron color. Por eso tiene razón Octavio Paz cuando afirma que el Señor gobierna con sus criados, con su familia. Tiene razón también cuando declara que la renuncia de Fuentes es un gesto digno porque rompe la falsa unanimidad oficial y oficiosa. Habría que recordar que en la primera manifestación de 1968, la del rector, caminaron junto a Javier Barros Sierra enfrentándose a Díaz Ordaz y a sus granaderos, hombres que hoy por hoy no han levantado cabeza: Fernando Solana, Víctor Flores Olea, Gastón García Cantú (quien sí escribió y por cierto fue injusto). Cito estos nombres porque son los que me importan: Debe haber otros. Los visualizo aún frente a la manifestación con sus rostros erguidos, su pelo al viento, su pecho abierto al posible bayonetazo. Tras de ellos los muchachos. Sí, porque a veces, el aire trae el rumor de las manifestaciones, el júbilo que se oía en las calles, el ímpetu que a todos nos deslumbró y entonces uno siente que todavía subsiste en LOS JOVENES, el arrojito de 1968, pero con una mayor decisión, un sentido más profundo y una proyección en la que quisiéramos adivinar el rumbo terco y decidido para salvarnos históricamente.